

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

DON JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA,

Obispo de la Puebla, electo arzobispo de México, visitador de la Nueva España, decano del consejo de Indias, limosnero, y visitador de la emperatriz Doña María Ana, décimoctavo virey de la Nueva España, 1642.



1642.

A hemos visto como entró el venerable Palafox en el gobierno de la Nueva España, cuyo gobierno no sabemos si llamar filantrópico ó pernicioso, puesto que de todo participó. Empuñó el baston poco tiempo, pero fué el preciso para hacer algunas cosas que conserven su memoria. La historia y antigüedades mexicanas le mirarán siempre como hombre perjudicialísimo, habiendo mandado destruir las estatuas ó ídolos que en recuerdo de las victorias obtenidas en la conquista se conservaban en algunos edificios arrastrado de un celo religioso demasiado exagerado.

Por otra parte, la humanidad, la justicia, las letras, las ciencias, las artes, la patria tienen que tributarle recuerdos gratos: su amor á los indios fué estremado: se empeñó tanto en la pronta administracion de justicia, que aun suspendió á oidores íntegros porque no la daban pronto despacho; arregló las ordenanzas de la audiencia, ordenó los estatutos de la universidad, levantó doce compañías de milicias que disciplinó para la defensa en caso de una tentativa de los portugueses, visitó los colegios sujetos á la jurisdiccion secular, arreglándolos; por último, no quiso en prueba de su desinterés, recibir el sueldo de virey y visitador. Todo esto en cinco meses que gobernó como virey y dos años de visitador, concluyendo el primer cargo el 23 de noviembre.

Logró ademas, que fué mucho lograr, que los religiosos que desempeñaban curatos se sujetaran á exámen, cuando en Puebla sintiera una tenaz y decidida oposicion. Informada la corte de los abusos que en este particular se

cometian, deseando remediarlos, proveyó una real cédula, que para que conservasen la administracion de los Sacramentos y el campo en general de curas párrocos necesitaban ser examinados y aprobados por los ordinarios de los lugares. Acostumbrados á mudarlos á su arbitrio en los capitulos generales y á no dar cuenta á persona alguna del desempeño de su ministerio, desagradábales la sujecion que nuevo se les ponía, y pidieron al virey, (fué esto en tiempo de Cadereita, año de 40), que suspendiera tal resolucion por los males que sufrían los religiosos. Hizolo así en efecto, mas no del mismo modo el Sr. Palafox, llegando á su obispado de los Angeles, comenzó en todos los curatos de regulares á prevenir á los párrocos que pasasen á examinarse, y como no quisiesen hacerlo, ponía en las hermandades la parroquia, que confiaba á un clérigo. Exceptuó solamente Atrisco (Atlixco), en donde estaba un benemérito religioso franciscano que habia sido provincial, el cual se sujetaba á exámen, y aprobado se le dió colacion canonica del curato que desempeñaba á satisfaccion del diocesano. Los demas, tanto se resistieron, que ni aun capitulo se celebró en aquella época en la provincia del Santo Evangelio durante cinco años. Mas al fin, viendo al Sr. Palafox que reunía los principales cargos del gobierno en lo civil y eclesiástico, tuvieron que resignarse y se presentaron todos los beneficiados á exámen, cuando antes se quejaron en audiencia, que se escusó de oírlos porque era su visitador. Betancourt que en esto debe considerarse como parcial, dice, que fueron muchas las injurias hechas á los regulares por el pueblo á instigacion de los clérigos seculares.

Liceo Mexicano.



D. JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA.

18º Virey de la Nueva España.

modo que se vieron aquellos obligados á encerrarse por mucho tiempo dentro de sus claustros sin salir ni aun para buscar el alimento que algunos fieles movidos de cariño les llevaban.

Terminó, pues, su encargo de virey sin haber dejado el de visitador, que continuó desempeñando aun desde su obispado de la Puebla, adonde se volvió renunciado el Palio.

CARLOS M. SAAVEDRA.

MUCHAS COSAS DICHAS EN POCAS PALABRAS,

POR G. G. COLTON.

CONCLUSION.

Avanidad encuentra en el amor propio un aliado poderoso; ambos reunidos atacan, toman por asalto la ciudadela de nuestra cabeza y en habiendo cegado á los dos centinelas, dejase caer al corazón.

La venganza es una fiebre ardiente que hace hervir nuestra sangre. Creen algunos curarse de esta enfermedad aplicando á otro una sangría; mas tiene un inconveniente este remedio y es que invariablemente engendra otro padecimiento aun mas terrible por cuanto es incurable: los remordimientos.

Los cortabolsas y los pordioseros son los mejores fisonomistas prácticos que han llegado á mi noticia.

Dos cosas hemos de tener presentes cuando se trata de la humana gloria, que deben enseñarnos á tenerla en poco: que los hombres mas dignos y excelentes, han sido calumniados y perseguidos, y que los mas viles y perversos han tenido sus panegiristas.

Acontece con los hombres de mediano ingenio y los imitadores, lo que con las ruedas traseras de los coches, que caminan constantemente en pos de las delanteras sin alcanzarlas jamas; sucédeles tambien lo que á los lacayos que van siempre á la zaga de los grandes, sin que por eso lleguen á serlo.

La ciencia de la legislación y la medicina se parecen en que á una y otra les es mucho mas facil decir lo que hace daño que lo que ha de aprovechar.

El que prevalido de la reputacion que goza de verídico, asienta una falsedad y la sostiene, haga cuenta que ha prendido fuego al templo de la verdad con una antorcha que robó de su altar.

La gente holgazana hace pagar con sus visitas una alcabala bien fuerte á la aplicada y laboriosa; mendiga su felicidad de puerta en puerta á guisa de cuitados pordioseros y cuando ellos se exponen con frecuencia á un recibimiento desabrido. En verdad que no debia extrañar ninguno de esa numerosa familia que á tiempos les demos á entender que ya nos cansan, puesto que si nos honran con su compañía, es por la sencilla razon de que no se aguantan á si mismos. Tienen los haraganes por costumbre estarse quedos en sus casas, hasta que se acumula sobre ellos cantidad tan enorme de fastidio, que no pudiendo soportar su peso, hacen una salida para repartirlo equitativamente entre sus amistades.

Pocos escritores se contentan con agradar á la clase infima, y menos son todavía los que logran complacer á la suprema: con que tenemos de humillarnos á la crasa ignorancia de la una ó sobreponernos á la roedora envidia de la otra. Mas si aspiramos á nuestro bienestar y nuestra fama, debemos enderezar el bajel en tal estrecho, de modo que evitemos un choque con los arrecifes de entrambas costas. La clase media tiene tanto discernimiento como pudieramos apetecer, con la ventaja de que sus juicios no son ni desdeñosos ni insensatos, como que no son hijos de la vanidad ni la ignorancia. El que

para guardar el equilibrio busca el centro no debe curarse de los extremos, y si el mundo se compusiese solo de filósofos y necios, no habría yo escrito estas páginas ó las hubiera dado al fuego.

Tiene el rico una prerogativa bien grande y apreciable sobre el pobre y de la cual se vale rara vez, la de hacerle feliz.

Los jugadores poseen en grado eminente dos de las virtudes cardinales: la fé y la esperanza, pero desgraciadamente les falta la caridad, que es la mayor y mas alta.

¿No es cosa natural que el anciano ensalce los días de su juventud, el debil los de su fortaleza, y el achacoso los de su salud y robustez? No son los tiempos los que han cambiado; en nosotros mismos se ha efectuado la mudanza.

La fama póstuma es una planta de vegetacion algo tardia, pues nuestro propio cuerpo es la simiente de que ha de brotar. Puede compararse á una antorcha que solo la última chispa de la vida es poderosa á encender, ó á la trompeta del juicio final que solo ha de resonar para los muertos; con la diferencia que el clarín de la fama no puede resucitarnos jamas.

Muchos hay que cordialmente creen con Maquiavelo que nos fué dada la lengua para descubrir los agenos pensamientos y ocultar con mas facilidad los propios. Los que asi piensan se alistan generalmente en las banderas de Alejandro VI. quien jamas hacia lo que habia dicho, ó si no en las de su hijo Borgia, el cual nunca dijo lo que pensaba hacer.

No es dado á los individuos en particular ni á las naciones, vanagloriarse de lo que fueron, sin esponerse á que se indague lo que son.

Los chinos á pesar de la ponderada longevidad de su nacion, no han llegado todavía á la edad viril, y así, cuando mas pueden gloriarse de superpetua estupidez y prolongada infancia.

Es la critica lo mismo que el vino de champagne, que si sale malo es bebida destestable, pero no la hay mas excelente cuando el vino es legitimo y de buena calidad.

Las anécdotas, á semejanza del aire que respiramos, son cosas que no podemos llamar propias sino en tanto que las tenemos encerradas, pues al punto que son las unas referidas, ó es arrojado el otro, pasan á ser bienes comunes.

Comienza el pródigo su carrera con un cuantioso capital, y la termina sin un cuarto; principia sin un maravedí el avariento, y cuando muere deja una fortuna colosal. Se pregunta: ¿quien de los dos ha sido menos necio? Yo me inclino á creer que el pródigo, pues si dispuso su hacienda el otro la dejó intacta, pudiendo decirse con verdad, que el uno vivió rico por morir pobre, al paso que el otro vivió sumergido en la miseria solo por morir en la abundancia. Muere el pródigo endrogado en otros, y el avaro aun mas consigo mismo.

Los judios han sido y son casi los mismos en todos tiempos y lugares, porque sus instituciones sociales no han variado, pero dirijamos una mirada á Grecia y Roma, y hallaremos que el ruiseñor y la abeja, el olivo y la vid son lo mismo que solian, porque el clima no ha sufrido alteracion; mas decidme: ¿dónde están los griegos? ¿qué es de los romanos?

Toda ley severa en demasia, á semejanza de un trabuco cargado hasta la boca, ha de estomohecerse en fuerza del desuso, y sucederá que todos teman hechar mano de aquella y de esta por el terrible choque que inevitablemente se sigue á la esplosion.

La oratoria es la hija consentida y turbulenta de una edad semibárbara. La imprenta es enemiga declarada de la retórica; pero la mejor amiga de la razon. El arte de la declamacion ha ido constantemente cuesta abajo desde el momento en que los oradores tuvieron necesidad de publicar, y los oyentes la libertad de discrecion de leer.

Fingimos á veces temer aquello que realmente despreciamos, y otras afectamos despreciar lo que en realidad tememos.

La emulacion busca el mérito ageno para aventajarlo y engrandecerse con la victoria; envidia está continuamente acechando los defectos de otros, porque aspira á humillarse con una derrota.

Los males verdaderos producen un bien, y se libertarnos mientras duran, del despojo de aquellos que son solo imaginarios.

Cuando estamos en sociedad de hombres doctos, debemos ser doblemente parcos en hablar; esto es, si no queremos desmerecer su opinion ni estorbar nuestro aprovechamiento á trueque de descubrir nuestro amor propio. Lo que queremos decir ya lo sabemos, no así lo que ellos pueden hablar.

La filosofia es una hembra quimerista que se muestra tan abatido como él en la adversidad y la indigencia. Lleva la vanidad puesta la mira en el aplauso de la muchedumbre, aunque este se limite al momento presente, y el orgullo anhela por el de la posteridad, quedando satisfecho con la aprobacion de algunos, aunque pocos; razon porque encuentra este mayores tropiezos, y recibe aquella mas frecuentes desengaños. La vanidad no siempre sobrelleva estos, pues á veces ocurre que de sí misma desconfia, siendo así que el orgullo mira con desprecio á los demas. Porque el hombre vano no siempre está seguro de la justicia de sus pretensiones, pues son frecuentemente tan locas é infundadas, como la misma vanidad que las engendra; de modo que para ser feliz, es necesario que las vea confirmadas por agena opinion, pues la propia, por mas favorable que le sea, la juzga de poco ó ningun peso. El hombre vano, idolatra en su persona, en lo cual no hay duda que va errado, pero su propia compania le es insoportable; y yo le concedo la razon. El orgulloso no se cura de la aprobacion agena, y sus pretensiones pueden no ser muy avanzadas, consistiendo su error en exigir siempre mas de lo que se debe en realidad. Si le acontece ser menospreciado, atribúyelo á envidia ó ignorancia, y se deleita de antemano con la ilusion de que vendrá el día en que todos le hagan justicia, confesando su antigua ceguedad. El orgulloso sabe, pues, aguardar, y aun anticiparse los placeres que le proporcionará la fama de que en su concepto es merecedor. Se cree en posesion de un cuantioso capital, así es que gira letras demasiado valiosas sobre la posteridad, pero sin arriesgar nada, pues dado caso que fueren respaldadas, esto no puede suceder hasta que cierta deuda que invalida todas las demas haya sido liquidada y satisfecha.

Si quereis tener enemigos, sobrepujad en algo á otros, si quereis amigos, dejaos aventajar. En el corazon del hombre ejerce su maldecido influjo un triunvirato infernal, compuesto del orgullo, la envidia y el aborrecimiento.

En el orden de sucesion es indudable que la poesia precedió á todas las reglas que sobre ella se han escrito, y es cosa averiguada que si Homero pudo formar á un Aristóteles, este no ha formado todavía á Homero alguno. Poco ó nada sabia Shakspeare de Longino, y Alejandro habia ya conquistado al mundo largo tiempo antes de que Polibio dijese el modo de verificarlo. Anibales hay que en las letras, lo propio que en la guerra, se desdennan de aprender á escribir de los comentadores, ó á guerrear de los retóricos.

A aquellos que aseguran no haber en todo el mundo un solo hombre verdaderamente honrado, puede dárseles esta contestacion: „á nadie es posible conocer á todo el mundo; sin embargo, es sumamente facil que alguien se conozca bien á sí mismo.”

La fortuna, semejante á otras muchas hembras, prefiere un amante que la obedece ciegamente, al marido que la manda con imperio. El que con oportunidad sepa importunarla, está seguro de que no gastará el tiempo inútilmente.

Entre el orgullo y la vanidad existen diferencias que aunque algo imperceptibles á veces, no son por eso ménos ciertas. Pudiera acaso definirse el orgullo diciendo, que es la opinion demasiado lisonjera que hemos formado de nuestro propio mérito, fundada en la excesiva estimacion que damos á ciertas cualidades que efectivamente poseemos. Contéñase con ménos la vanidad, pues se goza en la contemplacion de unas dotes que son de todo punto imaginarias, alimentándose ademas con puras esterioridades, al paso que el orgullo necesita de algo positivo, sea poco ó mucho que le sustente, por lo cual se ve [que el orgulloso no aprecia tanto como el vano las riquezas, ni

se muestra tan abatido como él en la adversidad y la indigencia. Lleva la vanidad puesta la mira en el aplauso de la muchedumbre, aunque este se limite al momento presente, y el orgullo anhela por el de la posteridad, quedando satisfecho con la aprobacion de algunos, aunque pocos; razon porque encuentra este mayores tropiezos, y recibe aquella mas frecuentes desengaños. La vanidad no siempre sobrelleva estos, pues á veces ocurre que de sí misma desconfia, siendo así que el orgullo mira con desprecio á los demas. Porque el hombre vano no siempre está seguro de la justicia de sus pretensiones, pues son frecuentemente tan locas é infundadas, como la misma vanidad que las engendra; de modo que para ser feliz, es necesario que las vea confirmadas por agena opinion, pues la propia, por mas favorable que le sea, la juzga de poco ó ningun peso. El hombre vano, idolatra en su persona, en lo cual no hay duda que va errado, pero su propia compania le es insoportable; y yo le concedo la razon. El orgulloso no se cura de la aprobacion agena, y sus pretensiones pueden no ser muy avanzadas, consistiendo su error en exigir siempre mas de lo que se debe en realidad. Si le acontece ser menospreciado, atribúyelo á envidia ó ignorancia, y se deleita de antemano con la ilusion de que vendrá el día en que todos le hagan justicia, confesando su antigua ceguedad. El orgulloso sabe, pues, aguardar, y aun anticiparse los placeres que le proporcionará la fama de que en su concepto es merecedor. Se cree en posesion de un cuantioso capital, así es que gira letras demasiado valiosas sobre la posteridad, pero sin arriesgar nada, pues dado caso que fueren respaldadas, esto no puede suceder hasta que cierta deuda que invalida todas las demas haya sido liquidada y satisfecha.

Un volúmen que contiene mas palabras que ideas, es semejante á un árbol muy frondoso, pero escaso de frutos, que tan solo puede convenir á aquellos que apetecen dormir bajo su sombra, y no á los que desean regalarse con frutas sazonadas y abundantes. La ingratitud del público es tal, que nunca se le ha visto dar la menor muestra de compasion á aquellos escritores que generosamente se han privado del sueño, con el solo fin, segun parece, de conciliar el de sus malévolos lectores.

A decir verdad, no es otra cosa el estilo que un ayuda de cámara del verdadero ingenio, al cual es de grande utilidad; pero así como el

caballero aparece tal, aun cuando se halle cubierto de andrajos, así el buen talento no puede dejar de traslucirse aun al través de un estilo desaliñado y tosco.

„Una obra es, generalmente hablando, el espejo ó retrato de su autor.” Proposición es esta de que han sacado algunos muy falsas consecuencias, pues entiendo que si el demonio mismo hubiese de escribir un libro, haría en él una apología de la virtud, que comprarían los buenos para aprovecharse de ella, y los malvados por pura ostentacion.

Entre las maravillas de la creación, no hay tal vez otra que los mismos ángeles miren con mayor asombro, que un mortal soberbio y orgulloso.

Maravillanse algunos de que las disputas en que se versan opiniones, terminen por lo comun en personalidades, cuando lo cierto es, que las tales disputas comienzan por personalidades, pues mostrar opiniones son parte de nosotros mismos.

Nada hay tan difícil de definir, ni que mas paradojas encierre que el tiempo: el pasado ha desaparecido, el futuro no llega aún, y el presente se convierte en pasado mientras que procuramos definirlo, á semejanza de un relámpago que en un solo instante existe y deja de existir. El tiempo es el regulador de todas las cosas; pero él mismo es inmensurable, es el descubridor de cuanto existe, sin que nadie pueda levantar el velo que lo cubre. Es incomprendible como el espacio, porque no tiene límites, y lo sería aun mas si los tuviera. Es mas obscuro en su origen que el Nilo, y lo es en su término aun mas que el Nigen, avanzando en su marcha cual lenta marea y retirándose con mas velocidad que un impetuoso torrente. Da alas de relámpago al placer y piés de plomo al dolor, pone freno á la esperanza, al goce le da espuela, y erige monumentos al mérito, mas le niega un hogar. Es el momentáneo adulator de la Mentira, pero tambien el fiel y constante amigo de la Verdad. El Tiempo es el mas sutil y el mas insaciable de los ladrones, pues pareciendo que para sí no toma nada, le dejamos tomar todo, y no estará satisfecho hasta que nos haya robado al mundo y el mundo á nosotros. Huye constantemente venciendo todo en su fuga, y aunque por ahora es aliado de la Muerte, al fin llegará á ser su contrario y vencedor. Es el tiempo cuna de la esperanza y sepulcro de la ambicion, severo

maestro de los necios y sabio consejero de los entendidos. La Sabiduría le precede en su marcha, va á su lado la Oportunidad y traen ellos el Arrepentimiento.

„Por qué acontece tan á menudo que se quejan las gentes de tener flaca memoria y nunca de su escaso entendimiento? Porque han oido decir que hay muchos hombres de claros ingenios que tienen el defecto de ser poco memoriosos, ó quizá sea porque nada abunda tanto como los necios dotados de excelente memoria.

Los rayos que despidе la vigorosa mente de Lord Byron, no tienen por objeto consolar sino consumir; y como Neron, nos halaga este autor el oido con alguna melodía, para consolar-nos del espantoso incendio que ha causado.

Tres modos hay de conllevar las penalidades de la vida: la filosofía, que es el mas ostentoso, la indiferencia, que es el mas comun, y la religión que es el mas eficaz.

A medida que estudiamos la historia, aprendemos á tener en poco sus temas ó argumentos, y el conocimiento que de ella adquirimos suele costarnos el desprecio conque luego venimos á la especie humana.

El amor es un volcan al cual jamas se aproximan demasiado los sensatos; no sea que por motivos mucho ménos filosóficos que Empédocles, se deslizen al abismo dejando tras algo mas curioso y significativo que una polvareda chinela.

Las dos cosas que mas acá de la tumba tiene el hombre en mayor estima son la honra y la existencia, y es digno á la verdad de lamentarse que una hablilla despreciable, una sola palabra, nos pueda privar de la primera y la mas débil arma de la segunda. Así, pues, un hombre discreto anhelará mas por hacerse acreedor á la honra que por obtenerla, y conseguirá entónces vivir de tal manera que no tema morir.

La filosofía es á la poesía lo que la vejez á la juventud, pues las severas verdades de la filosofía son tan fatales para las ficciones de la una, como los frios testimonios de la experiencia, lo son para las esperanzas de la otra.

Sucede con la honra, en cierto modo, lo propio que con la hacienda. Aquellos que tienen una ú otra, generalmente se curan menos de

que piensa el comun, que los realmente pobres ó bribones, pues pocas veces conviene al necesitado pasar plaza de tal, y al malvado jamas.

La pereza nos hace ignorantes en la juventud, y el orgullo en la edad varonil, porque nos da vergüenza el preguntar. Si en la sociedad nos viésemos constantemente obligados á concurrir con mugeres de esmerada educación, ese mismo orgullo nos haría sacudir una ignorancia que al presente no hace sino fomentar.

La felicidad terrestre es una fantasma de la cual se habla mucho pero que se deja ver bien poco. Hacenos constantemente promesas y constantemente las quebranta; pero nosotros perseveramos en creerlas. Nos alucina con el sonido en vez de la substancia, y nos dá flores en lugar de frutos. No hace la fortuna mas caso de los reyes que de sus vasallos; pero si lisongea la vanidad de los primeros con el vano aparato de una visita enviando á sus palacios todo su equipage con toda su pompa y su magnifico tren, sin ir jamas ella misma; porque gusta mas bien de viajar incógnita y de entrar en alguna humilde choza donde pueda participar de unacomida frugal, y tener á solas entrevistas con su amigo y compañero el contento.

El que acorta y facilita la senda del saber, alarga la vida en la misma proporción; debemos mas de lo que pensamos á aquella clase de escritores á quienes llamó Johuson „los peones de la literatura,” destinados á escombrar y hacer á un lado los tropiezos para que puedan pasar los heroes que se encaminan á la fama y la victoria, quienes ni siquiera se dignan echar una mirada á aquellos humildes operarios que han contribuido á su elevacion abriéndoles el paso.

Buscamos la sociedad de las damas para recrearnos, que no para instruirnos; y por eso nos agrada mas la de aquellas que gustan de hablar que la de otras que permanecen silenciosas; pues si las primeras discurren y hablan bien, quedamos doblemente complacidos de beber doctrina en manantial tan claro y apacible; y si á las veces se desvian en sus razonamientos de la recta razon, no deja de lisonjear nuestra vanidad poder de nuevo encaminarlas; por eso quisiera yo que las damas usasen de alguna menos reserva en su conversacion, no obstante la sátira de aquel que dijo con menos urbanidad que agudeza „que las mugeres eran al revés de sus espejos, por-

que estos reflejan sin hablar y ellas hablan sin reflejar.

Dos modos hay de adquirir celebridad como autor; el descubrimiento ó la conquista: verificase lo primero cuando se dice lo que nadie ha dicho, con tal que no solo sea nuevo sino cierto; y lo segundo cuando se repite lo ya dicho por otros, pero con mas agudeza ó mayor brevedad y brillantez.

Si cada generacion sucesiva que elogia la pasada y dice horrores de la presente, tuviese razon, cuán buenos debiamos suponer que fueron los hombres en las primeras edades del mundo, y cuan perversos debian ser ahora; ¡pero en el primer supuesto el diluvio de agua no habria sido necesario, y concediendo el segundo, es claro que apenas bastaria hoy para nuestra enmienda un diluvio de fuego.

En la clase media de la sociedad es donde principalmente abundan y florecen los mas delicados sentimientos y las mas benévolas inclinaciones de nuestra naturaleza, porque la buena opinion de nuestros semejantes es el mas poderoso ya que no el mas puro móvil que nos inclina á la virtud, y las privaciones que trae consigo la pobreza hacen al hombre demasiado frio é impasible, al paso que los privilegios de la riqueza le hacen sobremanera arrogante y razonador para sentir; la miseria nos somete á la influencia de la opinion, la riqueza nos sobrepone á ella.

Un escritor de mérito y talento no debe nunca esperar que le admiren ciertos autores, ó mas bien fabricantes de narcóticos que hay en el mundo; pues no pueden ensalzarle sin deprimirse á sí propios. Cuando me asomo á la ventana y contemplo la varia muchedumbre alta y baja, montada y pedestre, cuya aprobación ambicionan grangearse los autores, confieso que me ruborizo de que la sentencia de semejante tribunal me cause la menor zozobra; si de esta clase de jueces paso á examinar la que presume de mas inteligente y resabida, conozco si he de decir la verdad, que allí hay mayor fundamento para temer y menos razon para esperar, porque veo tienen los jueces pretensiones iguales á las mias, y que estas pretensiones no son ni tan humildes que puedan hacerse á un lado, ni tan poderosas que no teman entrar en competencia. Lo cierto es que la fuente de la fama es tan escasa y reducida, y tantos los que á ella acurren, que se enturbian frecuentemente sus aguas con